



La vida monástica y el laico en la cultura popular

Siendo el tema general de este Encuentro Monástico: "LA VIDA MONÁSTICA Y LOS LAICOS COMO PROTAGONISTAS DE LA EVANGELIZACIÓN", se me ha asignado un sub-tema, juntamente con otros dos exponentes, "LA VIDA MONÁSTICA Y EL LAICO EN LA CULTURA POPULAR", tema que, "con temor y temblor" paso a desarrollar, no sin antes aclarar que, en algunos aspectos, seré bastante localista porque no puedo hablar de lo que no conozco. Es un tema sumamente amplio y rico, que merecería ser tratado por especialistas y no por su simple observador de la realidad como es este servidor.

La Vida Consagrada en México tiene características específicas si la comparamos con otros países de Latinoamérica, de acuerdo a la historia propia de nuestro país.

Todos sabemos que en siglo XIX se expulsa a los religiosos extranjeros y esto provoca el surgimiento de una Vida Religiosa propia, lo que hace que en el momento presente se tenga una situación diferente de los demás países de América Latina.

En nuestro país, en la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del XX, se da una verdadera profusión de institutos sobre todo de institutos femeninos, que quieren responder a necesidades específicas de la Iglesia, por lo general en favor de los pobres que se habían quedado desamparados tanto por la expulsión de religiosos extranjeros como por la confiscación de bienes a la Iglesia, cosa que se da a partir de leyes que rigen en nuestro siglo.

Nuestro pueblo, cada vez más empobrecido, el compromiso y amor preferencial a los pobres, no exclusivo ni excluyente, ha dado una configuración a la vivencia actual de los carismas de la vida consagrada.

Esta opción se ha venido expresando de manera privilegiada entre los pobres y en la inculturación de la misma vida consagrada entre los pueblos, entre las culturas indígenas, sobre todo para descubrir las "semillas del Verbo", como nos dice el magisterio, y a partir de ahí realizar la misión que los consagrados tenemos.

En este contexto, tenemos que situar a la joven vida monástica mexicana. Digo "joven" porque aunque hubieron algunos intentos aislados de implantación monástica en nuestro país, su aparición, presencia y desarrollo, datan de casi finales de la primera mitad del presente siglo.

La Vida Monástica mexicana, en su mayor parte es suburbana; monasterios situados hace algún tiempo en las afueras de las ciudades, hoy están ya casi dentro de ellas o en zonas "residenciales", excepción hecha de los monasterios cistercienses y el nuestro, que estamos en plena sierra.

Existen congregaciones de Religiosas Benedictinas con vida apostólica-misionera, con "casas locales" insertadas en distintos parajes de la nación que son una presencia "benedictina", pero no específicamente monástica.

Al hablar de "vida monástica insertada" en tal o cual medio, es necesario hablar de una "inculturación" de la vida monástica en sí.

Entendemos por "inculturación" el proceso gradual de evangelización en el cual se reconocen y asumen críticamente los valores de una cultura. La Buena Noticia de Jesús se la comienza a vivir desde las coordenadas propias de la cultura en que se está inserto, y también comienza todo un proceso en el que se re-formula el mensaje, se lo re-crea y se lo re-expresa. Así, la inculturación evangélica de la Vida Monástica hace que la semilla de la fe penetre la historia de la cultura, y de esa manera la Vida Monástica a su vez, se recrea por la cultura.

Creo que todos estamos de acuerdo que la inculturación no consiste en la adaptación de simples cosas exteriores, de ritos o actitudes que podrían caer en un folklorismo de segunda, sino que lo que se incultura es la experiencia central de una religión y de una cultura.

Este proceso de inculturación ha sido imprescindible no sólo para las Comunidades con raíces extranjeras, sino aun para los mismos mexicanos. Todos los Monasterios mexicanos existentes tienen ascendencia extranjera; la mayoría provienen de Casas madres norteamericanas, excepción hecha

de los Cistercienses, que provienen de Francia y España, y de la Abadía Santa María de Guadalupe, que proviene de Bélgica. Las demás Casas Benedictinas surgen, no precisamente como "benedictinas", sino de esa profusión de institutos femeninos que son propiamente mexicanos y que se fueron incorporando a la Orden.

Por tanto, para los Monasterios que acabo de mencionar, el proceso de "inculturación" fue fuerte. Este proceso llevó implícito a su vez un proceso de "en-culturación", asumiendo participativamente los valores de las culturas advenientes y se trabajó para purificar y superar los antivalores evangélicos existentes en ambas culturas, ya que no puede darse una verdadera Vida Monástica sin una real inculturación.

Nuestros Monasterios masculinos, a excepción de uno, tienen obras apostólicas dentro y fuera del Monasterio: colegios, capellanías, parroquias, etc. El único Monasterio de monjas Benedictinas, vive su vida claustral sin apostolados externos; las demás Casas existentes, tienen vida apostólica: colegios, misiones, servicio a otros Monasterios, Seminarios, catequesis, etc., todo esto afirma que existe un gran "pluralismo" Benedictino y que se da una relación con todo tipo de "laicos", de cultura popular y no tan popular. La opción preferencial por los pobres es un hecho que se da más marcadamente en unos que en otros Monasterios por el tipo de lugares geográficos en los que se encuentran situados. Este hecho puede apreciarse más en los Monasterios que están insertados en medios rurales.

Si bien es cierto que la Vida Monástica benedictina no se hace sentir fuertemente a nivel Iglesia todavía, no es menos cierto que, a nivel local, y, tal vez, diocesano, ya hay una presencia marcada, dado que la Liturgia cuidada de nuestras casas atrae a la gente. Hay algo que preciso hacer notar en relación con el contacto con los "laicos": es la presencia y el crecimiento de los grupos de "Oblatos" que están surgiendo en estos últimos años. Cuatro monasterios masculinos, uno femenino, y las Catequistas de María Santísima, de Querétaro, tienen grupos de Oblatos; de ellos, el más numeroso pertenece a la Soledad, con 52 Oblatos; los demás oscilan entre los 20 y 25, más o menos. Estos Oblatos son una realidad que "externamente" dan vida y nombre al Monasterio por la espiritualidad y testimonio que irradian en el medio en que viven. A través de ellos, nosotros los monjes nos manifestamos en nuestra propia espiritualidad y damos a conocer, desde su propia situación de "familias" en el mundo, que la vida monástica en México es algo vivo.

A ellos se les ha hecho tomar conciencia que el mandato del Señor: *Vayan por todo el mundo y proclamen la Buena Nueva a toda la creación*" (Mc 16,15), está dirigido también a ellos. Todas las Comunidades que tienen sus grupos de "Oblatos" están abocados a la formación de los mismos, y entre ellos, se dan visitas de unos grupos a otros, convivencias, en donde se exponen conferencias y paneles, y, además, existe una comunicación a nivel de sus propios "Boletines" que circulan entre los diversos grupos.

La relación Oblatos-Monjes/as, es profunda, enriquecedora y de gran proyección espiritual. Sentimos que, a través de ellos, tomamos un contacto real con el mundo y su problemática, amén del contacto directo con la gente que acude a nuestros Monasterios en busca de ayuda espiritual y de espacios de oración y silencio, que sólo en lugares como los nuestros pueden encontrar.

En algunas Comunidades los Oblatos se encargan de mantener el orden en las Misas y realizan eventos en beneficio de sus Comunidades, a la vez que participan también en la Liturgia.

De la relación Monjes-Laicos, o Monasterio-Feligreses, de los distintos Monasterios, no puedo hablar más porque no conozco lo suficiente para hacerlo con propiedad, pero, creo que, en mayor o menor escala, la Vida Benedictina va teniendo su lugar en nuestro México, aunque todavía no en todo su esplendor.

Al principio les dije que, en algunos aspectos, iba a ser bastante localista. Sobre el proceso de "inculturación" aterrizaré dando a conocer algo de nuestra actividad relacionada con la gente que nos circunda y que es con quien mayor contacto tenemos.

Nuestro Monasterio de Nuestra Señora de la Soledad comenzó, como todos lo saben, siendo una ermita habitada por un ermitaño y luego se sumó una ermitaña, ambos norteamericanos. Ellos vivieron, cada uno su vida por espacio de once años. Cuando murió el P. Elredo Wall, fundador de nuestra Casa madre, Cristo en el Desierto, en USA, y fundador de nuestro Monasterio, la ermitaña, decidió regresar a los Estados Unidos, y la Casa Madre se hizo cargo del lugar enviando un monje-sacerdote como administrador. Con otro hermano, ambos pertenecientes a la Abadía del Tepeyac, pedimos hacer una experiencia de vida sencilla y se nos envió a La Soledad para ayudar al P. Francisco Cumberland que se desempeñaba

como administrador. Llegamos en Octubre de 1987; tomamos contacto con la realidad, con la gente del entorno (gente pobre, campesina), y lo primero que hicimos fue darle el nombre al monasterio, quitándole el de Rancho "La Soledad" y encomendándolo a la Santísima Virgen, bajo la advocación de "Nuestra Señora de la Soledad". El Monasterio está ubicado en el Estado de Guanajuato, en plena sierra, pero en un lugar sumamente histórico. La ruta de acceso al Monasterio es el "camino real" por donde el Cura Hidalgo, libertador de México, pasó hacia Atotonilco, un Santuario situado a 1 Km del Monasterio, y de allí sacó el estandarte de la Virgen de Guadalupe como primera bandera nacional y, enarbolándolo, salió a libertar a México. De este acontecimiento histórico muy pocos de los habitantes del lugar estaban enterados.

Desde los inicios tratamos, a través de una catequesis que nos costó sudor y lágrimas, que nuestro Monasterio y la Vida Monástica en sí, no fueran un cuerpo extraño al lugar, sino una de sus manifestaciones. Estamos insertos en un medio rural pobrísimo, con gente de escasos recursos económicos, con terrenos de pura piedra y no tan aptos para el cultivo.

Les hicimos comprender que los monjes no somos una clase especial de cristianos por ser monjes, ni siquiera por la radicalidad con que pretendemos vivir el Evangelio y la Regla de San Benito, sino que cada uno, y cualquier cristiano, puede vivir radicalmente su cristianismo, pues la radicalidad asume características específicas. Comenzamos a participarles cuál es nuestro tipo de vida siendo monjes, y cuál es nuestra misión en el seno de la Iglesia y de nuestra diócesis en concreto, haciéndoles comprender que nosotros actuaríamos en medio de ellos desde nuestra propia situación de gente que, por vocación, elige una vida retirada, solitaria y silenciosa, alejados del mundo, no por desprecio de él, sino para tratar de ser una presencia distinta en el mundo. Así les enseñamos que nuestra vida sería esencialmente monástica, sin por ello dejar de tener contacto con nuestros vecinos.

Esto permitió que se acercaran a nuestros Oficios litúrgicos y a nuestras Misas, dado que en época la del P. Wall las Misas que se celebraban eran en inglés. Hoy diariamente tenemos entre 12 y 15 personas que rezan Laudes con nosotros y asisten a la Eucaristía y al rezo de Tercia con la Comunidad; y los martes, dedicados a San Benito, tenemos entre 25 y 30 personas en la Misa.

Otro aspecto de nuestro acercamiento fue la "marianización" de nuestra relación con el pueblo, porque no es secreto para nadie que el catolicismo mexicano se concentra en el culto a la Virgen de Guadalupe. La "Morenita" del Tepeyac nos hermanó más con la gente vecina. Ella fue la que dio consistencia a nuestra relación de "hermanos", hijos todos de un mismo Padre y de una misma Madre. Es por ello que la gente hoy, al referirse a nosotros nos llaman "nuestros hermanos".

Posteriormente, para ayudar más a un enriquecimiento mutuo entre pueblo y monjes, se nos hizo necesario la presencia no sólo de una Madre, sino de unas "Hermanas" que nos sirvieran de puente, y para ello invitamos a colaborar con nosotros a las Catequistas de María Santísima, de Querétaro, quienes, bajo nuestra dirección se encargaron de la catequesis de niños, jóvenes y adultos, impartida por ellas en la Capilla del Rancho "Los Ricos"

El contacto discreto y prudente con la gente nos ha ayudado a ser más monjes, a preservar nuestra propia identidad y, a su vez, a no desconectarnos de la realidad que nos circunda.

Nuestros pueblos son riquísimos en religiosidad y en variedad de símbolos, mitos y creencias, y la inserción sensibiliza a los valores de la religiosidad popular que genera nuevas formas de expresiones litúrgicas que asumen los valores culturales. A la vez que nosotros lo ayudamos en su evangelización, el pueblo, en sí la gente pobre, es un educador espiritual de los monjes por su confianza y abandono en Dios, por su oración firme y confiada, por su amor filial a María, por su capacidad de sufrir, amar y esperar mirando a Jesús. Así, la oración es vida celebrada desde la contemplación profética de la realidad leída a luz del Evangelio.

Orando y escuchando desarrollamos conciencia y convicción de que en el encuentro con ellos, con su cultura, no sólo damos, sino que también, y mucho más, recibimos. Con esto los ayudamos a recuperar y valorar las tradiciones propias de su cultura, tan bombardeada por la televisión que se infiltra; a recuperar y cristianizar sus mitos, sus ritos y leyendas y su memoria histórica. Y esto, a su vez, nos llevó a nosotros monjes, a revisar nuestra mentalidad, nuestras actitudes, nuestros criterios y valoraciones.

Constatamos que hay signos de que el Evangelio penetró en la gente a través de hechos palpables: la veneración a la tierra, el honor al pasado personificado en los difuntos, el respeto a las personas, plasmado muchas

veces en una clara jerarquía social, la esperanza de futuro en la visión de un cielo que comienza ya ahora; todas estas son realidades culturales que fueron acogidas y vividas con nueva fuerza a la luz del Evangelio. Otras expresiones de esta inculturación, a su vez, son las fiestas patronales, el recurso a los Sacramentos y Sacramentales, las promesas, las peregrinaciones a los Santuarios, etc., hechos que nos permitió redescubrir conjuntamente el sentido de pueblo que camina, de pueblo peregrinante. Es fuerte entre nosotros el sentido procesional de la vida manifestado también en las procesiones de la Virgen y de San Benito que son verdaderas manifestaciones de amor.

De los 52 Oblatos con que contamos, la mitad son gente campesina y la otra mitad son gente de ciudad. Nuestros Oblatos asisten dos veces por semana al Monasterio a clases de formación; son parte del Coro que canta en nuestras Misas de domingo, son lectores y acólitos, y sobre todo, son entusiastas propagadores de una objetiva devoción a nuestro padre San Benito, a quien llaman y consideran "su" padre.

Tras un largo proceso de concientización y catequesis benedictina, logramos que se conformara una verdadera unión entre ellos, sin hacer diferencias clasistas ni de formación. Las diferencias de suyo existen, es innegable, no se pueden ignorar en un grupo tan heterogéneo, pero hay cada vez una mayor integración basada en el amor que hace que tales diferencias no se acentúen mucho.

Con sincera humildad y sin triunfalismos, he querido presentar de una manera sencilla nuestra propia experiencia de monjes insertados en un medio rural. Todo está en sus comienzos, cada día trae su propio afán, y estamos todos en camino, ensayando siempre aquellas palabras del Salmo: *Veán: qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos (Sal. 132).*